

nacán celebró los ritos sagrados puede haberse producido, entonces, en Iximché en 1526, aunque sin duda Borges se ha servido del material más abundante sobre la destrucción de Utatlán en 1524<sup>13</sup>.

El dios de Tzinacán, Qaholom, se menciona con frecuencia en el *Popol Vuh*, usualmente en conjunto con su contrapartida femenina Alom. La tercera fase del preámbulo del libro sagrado anuncia: «Y aquí traeremos la manifestación, la publicación y la narración de lo que estaba oculto, la revelación por *Tzacol, Bitol, Alom, Qaholom*» (págs. 85-86). Una nota de Recinos explica este pasaje algo oscuro:

Estos son los nombres de la divinidad, ordenados en parejas creadoras de acuerdo con la concepción dualística de los quichés, como sigue:

*Tzacol* y *Bitol*, el Creador y el Formador;

*Alom*, la diosa madre, la que concibe los hijos, de *al*, hijo, *alán*, dar a luz. *Qaholom*, el dios padre que engendra los hijos, de *gahol*, hijo del padre, *gaholah*, engendrar (pág. 86n.).

De los numerosos pasajes posteriores donde Alom y Qaholom aparecen juntos, nos interesa destacar el momento cuando los dos dioses se dirigen a los cuatro héroes recién creados, Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah y Iqui-Balam<sup>14</sup>:

Entonces le preguntaron el Creador y el Formador (Alom y Qaholom): ¿Qué pensáis de vuestro estado? ¿No miráis? ¿No oís? ¿No son buenos vuestro lenguaje y vuestra manera de andar? ¡Mirad, pues! ¡Contemplad el mundo, ved si aparecen las montañas y los valles! ¡Probad, pues, a ver! (pág. 190).

La referencia explícita al *Popol Vuh* mencionada antes se sirve de siete elementos distintos de aquel libro, y no deja de ser significativo que estos elementos de la escritura sagrada se vuelvan más vívidos para Tzinacán cuando los ve en su visión. «Vi»: lo dice nueve veces en cinco frases. Los que siguen son algunos de los elementos del *Popol Vuh* que presencia el sacerdote:

Vi las montañas que surgieron del agua... / Como la neblina, como la nube y como una polvareda fue la creación, cuando surgieron del agua las montañas; y al instante crecieron las montañas (pág. 92).

...vi los primeros hombres de palo / Y al instante fueron hechos los muñecos labrados en madera. Se parecían al hombre, hablaban como el hombre y poblaron la superficie de la tierra (págs. 98-99).

...vi las tinajas que se volvieron contra los hombres / Y se pusieron todos a hablar; sus tinajas, sus comales, sus platos, sus ollas, sus perros, sus piedras de moler, todos se levantaron y les golpearon las caras (págs. 103-4).

Ahora nosotros os destruiremos, ahora probaréis vosotros los dientes que hay en nuestra boca; os devoraremos, dijeron los perros, y luego les destrozaron las caras (pág. 101).

Lo importante de la visión de Tzinacán aquí es justamente que es una visión: no se hace hincapié en su lectura de (o en su recuerdo de haber leído) el libro sagrado, sino en que el libro cobre vida. Al obedecer el mandato del dios creador de ver, Tzinacán ha logrado librarse de un estupor intelectualizado: aunque esté en la cárcel, está contemplando el mundo, como mandó el dios. Lo que interesa es el resultado de su meditación.

<sup>13</sup> Sobre la destrucción de Utatlán en un incendio causado en 1524 por Alvarado, ver *Las Casas* (parafraseado por Bricker, pág. 33), López de Gómara (en la Biblioteca de Autores Españoles, t. 22, pág. 400) y Bernal Díaz (t. 2, pág. 183); para discusiones modernas ver Carmack (págs. 143-147) y Bricker (pág. 32). El propio Alvarado dice en su informe a Cortés: «E como conosco de ellos tener tan mala voluntad al servicio de su majestad, y para el bien y sosiego de esta tierra, yo los quemé, y mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos; porque es tan peligrosa y tan fuerte, que mas parece casa de ladrones que no de pobladores» (Biblioteca de Autores Españoles, t. 2, pág. 458).

<sup>14</sup> El «balam» significa jaguar, ya que los cuatro héroes formaban parte de un culto del jaguar. Así también, Chilam Balam = Sacerdote Jaguar.

Borges hace que Tzinacán conteste *avant la lettre* a dos importantes filósofos occidentales, René Descartes y José Ortega y Gasset. Cuando Tzinacán se encuentra soñando con estar enterrado vivo bajo un montón creciente de arena, y una voz en el sueño le dice que si se despierta será a otro sueño, logra despertarse por un acto puro de voluntad, objetando que no hay sueños dentro de otros sueños. Esta idea es la que utiliza Descartes como uno de los fundamentos de la certidumbre del *cogito* en sus *Meditaciones de primera filosofía* (pág. 102). Para Tzinacán, sin embargo, la «prueba» de la identidad individual es demasiado pobre para que se exprese en el lenguaje, y no vale la pena pronunciarla en voz alta: el ego, cuando separado (como ha sido separado Tzinacán) del mundo y del tiempo no merece salvarse. Del pensamiento cartesiano (aun antes del nacimiento de Descartes) rechaza la escisión de mente y cuerpo, del yo y la comunidad, del espacio y del tiempo.

Justo después de este sueño, dice Tzinacán: «Un hombre se confunde, gradualmente, con la forma de su destino; un hombre es, a la larga, sus circunstancias» (pág. 598). Aquí Tzinacán anticipa la famosa fórmula de Ortega y Gasset en las *Meditaciones del Quijote*: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo» (t. 1, pág. 322). Borges utiliza la palabra «circunstancia» en sentido limitado aquí, de acuerdo con la raíz latina, para referirse a las cosas en la celda de Tzinacán: el tigre, la ventana, su cuerpo<sup>15</sup>, la oscuridad, la piedra. La reducción del universo físico de Tzinacán, y su separación del gran continuo de la Cuenta Larga, resulta en una desinflación de la fórmula triunfal de Ortega: en vez del gesto implícitamente imperial de incorporar el mundo circundante en el yo (como en Ortega), al sacerdote cakchiquel le han quitado sus «circunstancias» y, sin embargo, bendice lo poco que le queda<sup>16</sup>.

La meditación de Tzinacán, pues, se enfrenta a dos importantes meditaciones europeas sobre la identidad y la existencia, pero Tzinacán, a diferencia de Boecio, ese otro filósofo encarcelado, no encuentra ninguna consolación en la filosofía. A diferencia de estos filósofos europeos, la duda filosófica se convierte en el fundamento de la experiencia mística:

El éxtasis no repite sus símbolos; hay quien ha visto a Dios en un resplandor, hay quien lo ha percibido en una espada o en los círculos de una rosa. Yo vi una Rueda altísima, que no estaba delante de mis ojos, ni detrás, ni a los lados, sino en todas partes, a un tiempo. Esa Rueda estaba hecha de agua, pero también de fuego, y era (aunque se veía el borde) infinita. Entretejidas, la formaban todas las cosas que serán, que son y que fueron, y yo era una de las hebras de esa trama total, y Pedro de Alvarado, que me dio tormento, era otra.

Ahí estaban las causas y los efectos y me bastaba ver esa Rueda para entenderlo todo, sin fin (págs. 598-99).

De nuevo aquí Tzinacán, el sacerdote jaguar (o Chilam Balam) dialoga con el Viejo Mundo: su visión se enfrenta a las de San Pablo en el camino a Damasco (el resplandor), de Mahoma (la espada), del místico sufí «Abdu» I-Qadir (la rosa). El símbolo escogido para la visión que tiene Tzinacán de la divinidad puede parecer problemáti-

<sup>15</sup> La expresión es «mi viejo cuerpo doliente», lleno de dolor no sólo por su edad sino también por la tortura a la que lo sometió Alvarado, quien buscaba información sobre tesoros enterrados.

<sup>16</sup> Tzinacán dice: «Urgido por la fatalidad de hacer algo, de poblar de algún modo el tiempo, quise recordar, en mi sombra, todo lo que sabía. Noches enteras malgasté en recordar el orden y el número de unas sierpes de piedra o la forma de un árbol medicinal» (pág. 596). Se refiere a las grandes representaciones de la figura del cocodrilo terrestre (León-Portilla, *Tiempo y realidad*, págs. 67-71) en que descansan las ceibas cósmicas (León-Portilla, págs. 64-65, 74-77) y el universo humano.

co, ya que los mayas, como los demás pueblos precolombinos, no utilizaban la rueda, y ya que la rueda es un símbolo importante en el budismo<sup>17</sup>. Pero Borges no ha convertido a Tzinacán al budismo aquí (a pesar de los indudables ecos budistas en su aceptación posterior de la aniquilación), ya que la rueda se utiliza en los libros de Chilam Balam (libros, es decir, del sacerdote jaguar) como imagen del gran círculo del tiempo. Según Miguel León-Portilla (en su *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*):

Los textos mayances, en especial aquellos en que se conservan las ruedas de los *katunes* de épocas mucho más tardías, corroboran lo dicho acerca de esta peculiar concepción de un universo en el que el paso del tiempo es puntual llegada, relevo y partida de fuerzas divinas. Así en la «primera rueda profética de un doblez de *katunes*», publicada por Barrera Vásquez y reconstruida con base de los textos de *Chilam Balam*, encontramos la expresión de los antiguos símbolos por medio de los cuales se anuncia la llegada de los diversos períodos con rostro y figura de dioses (págs. 59, 61)<sup>18</sup>.

Aquí otro detalle confirma la precisión referencial con que está hecho el relato. Dentro de las ruedas engranadas de los distintos ciclos temporales del calendario maya, los días eran sagrados, siendo dioses ellos mismos. Cuando Tzinacán dice que la fórmula mágica es una frase de catorce palabras, confirma su vocación como sacerdote del dios jaguar y la integridad de su comprensión del universo físico, ya que el catorce (*ix*) era el número consagrado al dios jaguar<sup>19</sup>. León-Portilla [basándose en Barrera Vásquez (pág. 193)] nos informa que el día catorce (*ix*) es «reiterada aparición del dios jaguar en relación con la tierra y el mundo de abajo» (pág. 52)<sup>20</sup>. Eric Thompson, a su vez, confirma la relación entre el dios jaguar y la tierra:

El dios jaguar, paralelo al dios mexicano Tepeyollotl, dios del interior de la tierra, es una importante deidad de la superficie de la tierra o de su interior, ya que las dos regiones se interpenetran (pág. 231).

<sup>17</sup> Alazraki ha discutido posibles influencias hindúes en este cuento (Borges and the Kabbalah, págs. 17, 22, 46-48), refiriéndose específicamente al texto sagrado Bhagavad Gita. Como en los casos de lecturas budistas y cabalísticas del cuento, me parece extraño que se busquen referencias culturales que no tengan nada que ver con el sistema cultural del protagonista. Parecería más útil que el crítico buscara reconstruir el sistema cultural que sirviera para fundamentar el cuento. Las mitologías paralelas (al estilo de Frazer,

Jung, Campbell y Cirlot) no pueden sino distraer al lector de prestarles atención a los detalles específicos del texto.

<sup>18</sup> En la introducción que escribió Rendón para la edición de Barrera Vásquez de los libros de Chilam Balam, hay una discusión general de las «ruedas» (pág. 91), y los capítulos tienen como títulos «Primera rueda profética de un doblez de *katunes*» (pág. 95) y «Segunda rueda profética de un doblez de *katunes*» (pág. 124). En la edición de Rivera del libro de Chilam Balam de Chumayel, el capítulo do-

ce se llama «La rueda de los *Katunes*» (págs. 127-137). Edmonson se cuida de utilizar la palabra «rueda», prefiriendo el sinónimo «ciclo» (Ancient Future of the Itza, pág. 22n.). También utiliza la palabra «ciclo» en su discusión del calendario maya en The Book of the Year (pág. 70).

<sup>19</sup> Claro está, el número catorce se utiliza en «La casa de Asterión» para representar lo infinito (pág. 569). Sea el que sea el significado que tenía el catorce en la antigua Creta, no creo que se refiera al jaguar; de mane-

ra semejante, no hay motivo para asumir que el simbolismo cretense funcionaría para el sacerdote del jaguar (o Chilam Balam): «El éxtasis no repite sus símbolos».

<sup>20</sup> El Libro de los libros de Chilam Balam dice del día catorce del calendario: «Ix. Bravo jaguar. Sangrienta su boca. Sangrientas sus garras. Carnicero. Devorador de carne. Asesino» (pág. 193). También Recinos explica en una nota sobre los días sagrados en el calendario quiché: «14. Balam, tigre» (pág. 113n.).

¿Por qué, pues, rechaza Tzinacán el don que le ofrece el dios jaguar, el don del poder terrenal [y con él, la posibilidad de vengarse de Pedro de Alvarado, ofreciéndole al dios el corazón del invasor (pág. 599)]?<sup>21</sup> La respuesta está escondida en unas frases anteriores del cuento, pero para entenderlas tendremos que examinar brevemente las ideas mayas sobre la relación entre el tiempo y el espacio.

Thompson ha expresado de esta manera la dificultad que nos impide comprender el pensamiento maya sobre el tiempo y el espacio:

Hay otros aspectos de la filosofía maya del tiempo, como su extraña inhabilidad de distinguir entre el pasado y el futuro en los cantos proféticos. Lo que ya pasó y lo por venir se mezclan de una manera que elude el pensamiento occidental (pág. 14).

Agrega más adelante:

El tiempo, en la concepción del maya, corre incansablemente hacia el futuro, también, pero los cálculos que nos han llegado se proyectan apenas cuatro milenios en el futuro. Evidentemente el tiempo futuro les interesaba menos que el tiempo pasado, probablemente porque los mayas tenían mucho más interés en el pasado que en el futuro, debido a su creencia que la historia se repite cada vez que las fuerzas divinas entran en la misma configuración (pág. 140).

Debido al diseño intrincado del calendario maya, con sus ruedas dentro de otras ruedas, un alineamiento dado no se repetiría por muchísimo tiempo. El tiempo en sí era divino, y la precisión con la que se calculaba su avance servía al arte de la adivinación, pero también, y tal vez esto era de igual importancia, reflejaba una obsesión por el tiempo mismo.

Esta obsesión sobrepasaba todo lo demás. Explica León-Portilla:

Fuera de éste [el tiempo] el espacio resulta impensable. Más allá de los ciclos, no hay vida y nada acontece. Los rumbos de colores, divorciados de *kinh*, sol, día, tiempo, se convertirían en tiniebla desprovista de todo sentido. El mundo de los dioses se ausentaría para siempre y la huida de los *katunes* marcaría el fin de lo que es real con el retorno a la oscuridad primigenia sin ceibas, ni sol, luna o estrella grande, sin seres humanos ni significación alguna posible (pág. 91).

Agrega más adelante:

Espacio y tiempo ni en el pensamiento son separables. El universo espacial es inmenso escenario en que se orientan, entran y salen, con un orden que nunca se rompe, los rostros y fuerzas que actúan. Se tiene la clave que hace posible encontrar los sentidos y enunciar los pronósticos (pág. 108).

Así, cuando Tzinacán dice hacia el principio del cuento, «He perdido la cifra de los años que yazgo en la tiniebla» (pág. 596), expresa lo que para él tiene que ser la mayor tragedia, y la mayor humillación, imaginables: no sabe dónde está en el calendario sagrado. Aunque sus recuerdos del *Popol Vuh* y de las artes de la adivinación todavía estén claros, la pérdida de la sincronía significa su inhabilidad de restaurar el universo como se debe. El tiene que aniquilarse; el universo también tiene que aniquilarse para crearse de nuevo<sup>22</sup>

<sup>21</sup> En el *Popol Vuh* se refiere al sacrificio humano, «al estilo mexicano» (Recinos, pág. 202n.).

<sup>22</sup> La fecha de esta destrucción se acerca mientras escribo esto, quedando menos de un katún en el futuro: según Michael Coe, «nuestro universo actual se habría creado en 3113 a.C., para aniquilarse el 24 de diciembre de 2011, cuando el Ciclo de la Cuenta Larga llega a su culminación» (pág. 149).